
Sobre la inefable e inevitable cultura popular urbana

Eduardo Andión

El texto que sigue tiene como presupuestos la creencia en un proceso de conocimiento lento, sistemático y colectivo; y que hacer ciencia social es menos complicarse las cosas, que elaborarlas de forma tal que sean comunicables, rigurosas y útiles. Ello nos lleva a intentar especificar el campo en el cual centramos nuestras limitadas fuerzas y todavía entusiastas esfuerzos. Es decir, la necesidad de "balconeo" o de la mal llamada vigilancia epistemológica. Uno de los problemas de las ponencias es que se presentan los resultados y no tanto la cocina, las operaciones del saber; quisiera entonces ofrecer y relatar los avatares de lo que técnicamente se llama la construcción de un objeto de estudio, con todo y sus preguntas sin contestar, y también sus pequeños pero felices encuentros.

Lo que sigue es más un informe de los estudios que estamos realizando con un grupo de alumnos en la llamada Area de Concentración (en caló metropolitano), que un trabajo acabado. Soy por lo tanto el portavoz de una labor colectiva. Pido disculpas por lo abigarrado del nombre del proyecto, y quizá de lo pretencioso de sus objetivos. Nos propusimos: comprender algunos procesos de la construcción de hegemonía y su consiguiente subalternidad desde el espacio de las significaciones sociales, en el campo de lo urbano. La generalidad de esta proposición lejos de ser un defecto — como pudiera parecer — nos permitió agrupar varios proyectos de investigación que se asentaron sobre un campo problemático común, aun cuando difirieran en sus objetos de indagación. Por otro lado, todos ellos son estudios de caso, pero que se enmarcan como se verá en un encuadramiento conceptual común.

Pues bien, partimos de la idea de establecer una posición no mecanicista de la problemática que implica la confrontación entre la cultura dominante y las culturas subalternas en la Ciudad de México; para derivar de ahí deslindes categoriales que permitieran un acercamiento empírico del problema. Esto último contemplando las dificultades que presenta la observación empírica de esta confrontación sin caer en reduccionismos bastante extendidos en este tipo de objeto.

De principio nos invadieron algunas preguntas: ¿Podemos especificar y delimitar a las culturas populares urbanas?, ¿lo urbano sobrevuela el carácter de la cultura obrera, la campesina, la clasemediera?, ¿con qué criterios podemos establecer el espacio de los significados sociales como cultura?, ¿qué métodos usar?, ¿cómo identificar ese sentido común (sistema de valores) que sustenta el proceso hegemónico?, ¿de qué nos sirve la antinomia Hege-monía/Subalterno?, ¿cómo se efectúa esa dominación, es decir, esa penetración, expansión y socialización de un sistema de valores?, ¿cómo se constituye la hegemonía no ya en sus estructuras, aparatos o instituciones sino en el engendramiento de prácticas concretas, de sentimientos, de posturas, de cuerpos sociales?

De este cúmulo de cuestiones nos avocamos a construir el encuadramiento conceptual que estableciera relaciones y orientara la estrategia metodológica.

Comenzamos retomando el concepto de ideología concebida en su sentido amplio como "concepción del mundo que se manifiesta implícitamente en el arte, en el derecho, en la actividad económica, en todas las manifestaciones de la vida individual y colectiva" (Gramsci), obligándonos por su generalidad, a resituirla según el supuesto de que las formas de conciencia social en sociedades de clase, se

hallan históricamente estratificadas y diferenciadas de acuerdo con la situación, y no sólo su posición, en la estructura social de los grupos que las producen. En palabras de Cirese: "...La diversidad de la condición social (política, económica, etc.) va acompañada de una diversidad cultural en la que se manifiesta la desigual participación de los diversos estratos sociales en relación con la producción y con el goce de los bienes culturales".

Es esta diversidad cultural, la que nos remitió por una parte a la existencia de sistemas de configuraciones diferenciados y por otra a desniveles culturales socialmente contrapuestos, estableciéndose por lo tanto un campo ideológico cultural contradictorio (anclado sobre el "discurso social común" que ciertamente pasa por la 'lengua nacional'). Los polos de esta oposición horizontal serían teóricamente la cultura hegemónica y una diversidad de culturas subalternas, atravesados por un eje vertical transclasita, donde se ubicarían las categorías de edad, sexos, etc., pero que no alcanzaba a delimitar la especificidad de lo urbano.

Sin embargo, lo que nos proporcionó esa conceptualización fue una caracterización descriptiva de esta variedad de culturas subalternas en contraposición a una cultura cultivada 'oficial' y de carácter legítimo. No obstante asignándole características positivas de 'tenacidad' y 'efectividad' a algunos elementos, además de asignarle la capacidad de inscribirse y corresponder a las condiciones de vida.

A partir de lo anterior consideramos inconsecuente articularle a las culturas subalternas una naturaleza puramente conservadora o retrógrada, ni considerarla revolucionaria por el mero hecho de ser elaborada por ella misma; pero tampoco calificar su composición como inorgánica e incoherente, dado que poseyendo una *dimensión objetiva y factual*, en cuanto es una realización y una actualización

ción en prácticas, objetos y discursos compartidos socialmente, esta dimensión práctico-factual (sentido práctico) le brinda una cierta autonomía y continuidad. Es decir, una consistencia que le proporciona una resistencia a las transformaciones violentas.

En cuanto a la dimensión institucional (sentido objetivado), podíamos decir que las culturas subalternas, también constituyen específicamente agencias (o cuasi-aparatos, es decir, organizaciones no necesariamente especializadas) donde y por las cuales el individuo se conforma y lo convoca como un cuerpo social, las culturas subalternas, decíamos, adquieren y refuerzan, precaria aunque tenazmente, su autonomía y consistencia en sus cuerpos y prácticas dando un margen de continuidad a veces irreductible.

De esta forma consideramos que la penetración, expansión y socialización del 'sistema de valores' dominante encuentra en su despliegue un conjunto de mediaciones —y casi diríamos obstáculos ideológicos— que refractan en cierta *medida* las estrategias de dominación difundidas y propagadas por los aparatos de hegemonía. En muchos casos resemantizándolos según sus particulares códigos de cultura o bien '*adaptándolos*' aunque no hubiesen sido elaborados por ellos o para ellos, simplemente por ser "acordes a su manera de pensar o de sentir, como representativos de su modo de concebir el mundo y la vida en contraste con la sociedad oficial" (Gramsci). De cierta forma "haciendo de necesidad virtud".

Faltaría aún considerar someramente la dimensión subjetiva que esclarecería y abriría en alguna medida la poca especificidad de la noción 'sistema de valores', introduciéndonos a una posible aproximación empírica y para ello propondríamos integrar algunos conceptos que pudiesen ser de utilidad para algunos análisis concretos.

Con lo hasta aquí dicho pareciera ser necesaria una salvedad. Lo anterior no implica que desdeñemos la eficacia de los medios de comunicación masiva, sus funciones y sus efectos homogeneizadores. Sencillamente *restauramos en parte*, la capacidad de respuesta, resistencia y penetración de las culturas subalternas. Es decir, subordinamos la industria cultural en un campo más amplio (el campo de la producción social de significaciones) y más complejo de interacciones, enlaces y oposiciones tanto de las fuerzas sociales en pugna, como la de los discursos ideológicos materializados en prácticas, instituciones, etc. Situamos a la industria cultural frente a otros aparatos de hegemonía para que de este modo, a pesar de su importancia, adquiera su real dimensión, *que no es nada despreciable*, y sobre todo, frente algunos aparatos que siendo estatales funcionan específicamente como ideológicos, i.e. escolar, religioso, histórico, etc.

Es decir, no consideramos que los monopolizados medios de comunicación masiva sean los que llevan toda la carga del proceso hegemónico, o sean la única base del principio hegemónico, si bien mantienen relaciones 'incestuosas y adúlteras' con la sociedad política. Al inscribir los medios colectivos de comunicación en la naturaleza propia de la formación social mexicana se conjugan en una formación ideológico-cultural cuyos procesos aún no han sido establecidos sistemáticamente en el orden de las formaciones discursivas y de los campos ideológicos y sus dominios (como lo serían los dominios de los discursos históricos, deportivos, de la sexualidad, de la salud, etc.), y que integrarían campos de fuerza tendidos entre los diversos medios, aparatos y fuerzas sociales que los polarizan y atraviesan en un proceso continuo de modulación, construcción y desconstrucción de límites de la materialidad discursiva.



Más adelante decidimos privilegiar el estudio del polo subalterno, de sus modos de vivir la dominación. Ahora bien retomando la anunciada dimensión subjetiva, ésta nos pareció relevante para acercarnos a una precisión más empírica de la producción de las prácticas y las modalidades de la percepción, valoración desde la subalternidad. Queríamos reestablecer los términos de la problemática.

¿Cómo establecer la mediación entre las estructuras y las prácticas? Dado que las configuraciones culturales no se encuentran sino materializadas, solidificadas, cristalizadas en instituciones, incorporadas en los sujetos, que las portan y las 'actualizan' (las enuncian, las operan) en las prácticas, en los gestos, en la comida: cómo dar cuenta entonces de esa relación que si bien enunciada, no es registrable en los análisis.

Una primera aportación a una categorización sería una distinción metodológica en la especificación de tres niveles de manifestación de lo ideológico cultural; lo institucional, lo subjetivo y lo objetivo factual; también susceptibles de ser expresados como el nivel de las estructuras, de los sujetos y de la práctica y discursos.

De lo anterior se desprende que la mediación se *articula* en el sujeto y sin embargo, "...la Sociología menos sospechosa de subjetivismo recurre a conceptos intermediarios y mediadores entre lo subjetivo y lo objetivo tales como alienación, actitud, ethos; es necesario construir el sistema de relaciones que engloba, y el sentido objetivo de las conductas organizadas, según las relaciones singulares que mantienen los sujetos con las condiciones objetivas de su existencia y con el sentido objetivo de sus conductas, sentido que los posee, en la medida en que están desposeídos de él" (Bordieu 1979).

De cualquier forma, un acercamiento científico fundado en regularidades objetivas seguiría siendo abstracto en la medida en que no comprendiera el proceso de *interiorización de la objetividad*. La comprensión de tal proceso produciría a la conformación de lo que Bordieu denomina "Sistema de disposiciones inconscientes y durables que son las costumbres y el habitus de clase", es decir el poder determinar el modo en que las 'mil pequeñas percepciones' y los ordenamientos y sanciones de los campos económico y social constituyen desapercibidamente, a lo largo de toda la vida, a través de increpaciones incesantes ...ese inconsciente que se define paradójicamente como referencia práctica a las condiciones objetivas".

Cómo construir las conexiones entre los sujetos o agentes y las relaciones objetivas (las urbanas, las de clase, las sexuales), problemática teórica que resuelta daría cuenta de uno de los nudos en los que

aún se debate el materialismo histórico: ¿cómo determinar la naturaleza de los agentes sociales sin reducirlos a lo que CH. Mouffe denomina "la postulación de la existencia de ideologías paradigmáticas para cada clase y la necesaria connotación de clase de todos los elementos ideológicos?" (Mouffe. 1978).

La categoría que se propuso como concepto que expresa la mediación es el "habitus" desarrollado por Bordieu, categoría no psicológica ya que designa una dialéctica entre el efecto de las estructuras sociales y el efecto de sus prácticas. Las prácticas no pueden ser concebidas sino relacionando las condiciones sociales en las que se constituyó el 'habitus' que les engendró y las condiciones en las que es operado. Es decir, "el 'habitus' es una capacidad infinita de engendrar en completa libertad (controlada) productos —pensamientos, percepciones, expresiones, acciones— que tienen por límites las condiciones históricas y sociales de su producción; la libertad condicionada y condicional que el habitus asegura, lo aleja tanto de una creación de imprevisible novedad como de una simple reproducción *mechanica* de las condiciones iniciales." (Bordieu).

Lo que el concepto procura es una posibilidad de explicar el desfase entre lo económico y la superestructura ideológico-cultural.

El habitus es "...historia incorporada, hecha naturaleza... el habitus es la presencia operante de todo el pasado del cual es producto; por lo tanto es lo que confiere a las prácticas su independencia relativa por relación a las determinaciones del presente inmediato". En tanto producto de las estructuras sociales objetivas y simultáneamente esquemas generadores de prácticas, el habitus se infiere de las situaciones y condiciones de producción de las mismas prácticas, y del ejercicio de su funcionamiento. Esto último hacía viable un acercamiento empírico en la medida en que situaciones y condiciones de

producción tanto como el ejercicio de las prácticas son observables y permitía por otra parte alcanzar las determinaciones de lo urbano.

Desglosamos de la dimensión subjetiva un deslinde categorial que nos aleja de la noción genérica de 'sistema de valores' a través del concepto de *habitus* y, precisamos la mediación de los niveles de la manifestación de la ideología: Estructura-habitus-Prácticas. Creemos que con ello nos abrimos un campo de análisis empírico asentado en un concepto teórico que dé cuenta de una problemática muy poco analizada en su materialidad, en su facticidad.

Consideramos haber establecido un planteamiento no reduccionista de la confrontación de la cultura dominante y las culturas subalternas en la medida en que la hemos inscrito en el continuo proceso de una estrategia hegemónica. Al caracterizar la confrontación en el desarrollo de la integración /constitución de una voluntad colectiva, siempre cortada y tensionada por la lucha de los dos principios hegemónicos, ubicamos a la comunicación social como la modalidad compleja en que la formación discursiva se desplegaba como parte de la estrategia hegemónica, resultando a partir de ello, campos ideológicos contradictorios que se configuraban en un espacio de lucha entre hegemonías.

Pasamos luego a considerar las características desniveladas y disiméticas de la circulación cultural. Desde ahí precisamos la naturaleza y estructura de las culturas subalternas, para reforzar el argumento fundamental de las mediciones que se establecen en la confrontación.

Desarrollamos, a partir de la dimensión subjetiva, la problemática del carácter de las prácticas, donde propusimos la inclusión del concepto de *habitus* que articulaba y ponía en juego las relaciones entre estructuras sociales objetivos y las prácticas de los sujetos.

Lo que nos quedaba por hacer y que aún rebasaba nuestros devaneos teóricos era la urbanidad. Si bien sabíamos que una distinción rural/urbano no era suficiente, sabíamos en cambio que la apropiación y mercantilización del espacio en la forma capitalista garantiza la separación efectiva entre la producción y la reproducción. Incidiendo de esta forma sobre la lógica de organización del territorio y por tanto la urbanización constituye una forma avanzada de la división del trabajo. A ese respecto la organización del espacio en el medio urbano cobra dos dimensiones: una dimensión proyectada a orientarse según necesidades de consumo de espacio en una dinámica de mercado y una dimensión operacional donde se manifiesta de hecho el tipo de interacción jurídico-financiera sobre las decisiones en materia urbana. Los resultados desembocan en un proceso de segregación social y espacial. Este proceso implica la diferenciación-espacial creciente que queda garantizada desde el momento en el que el espacio se legisla y financia de manera tal que aquellas características urbanísticas, orográficas, ecológicas, etc. de una zona están ausentes o incompletas en otra. De hecho una división espacial de clase, importante en las relaciones de reparto y acceso de los distintos bienes de consumo del espacio.

Ahora bien con todo y lo relevante de esta aproximación su razón de suficiencia se queda en el ámbito económico, siendo nuestro campo de interés el espacio de las significaciones sociales y su posible determinación según las relaciones singulares que mantienen los sujetos con las condiciones objetivas de su existencia, y con el sentido objetivo de sus conductas. Es decir, cómo se configura y encarna lo urbano en los sujetos, de qué dispositivos los provee, en qué casos ejerce su historia incorporada; la respuesta estaba en la investigación empírica. Los estudios de orientación en tres vertientes:

El espacio: La interacción en las calles de un barrio como redes de intercambio de saberes y la percepción de una identidad territorial.

El lenguaje: Los usos del lenguaje como manifestación de un habitus subalterno, en función del conocimiento y reconocimiento de situaciones sociales, es decir, la relación de lo que se hace cuando se dice y de lo que se dice cuando se hace.

Y dos más enfocadas a la constitución de la *cultura política* en los espacios cotidianos; un de ellas desde la formación de un grupo teatral, a partir del enfrentamiento entre dos fracciones subalternas en usos de territorio (producción-asentamiento);

y otra eligiendo la historia de la construcción de una escuela y su posterior establecimiento como punto de hegemonía en términos de un proceso de educación política despolitizadora.

Las metodologías utilizadas han sido diversas; etnografía, historias de vida, sociografía, análisis conversacional, etc. Pero todos buscamos menos impresionar que escudriñar temblorosos lo concreto.

Estos son pues los esbozos de un proyecto modesto que pretende aportar algunos elementos en la lenta elaboración de un conocimiento objetivo y quizá al hacer inteligible, decepcionar y contradecir. 